

Entre la longevidad relativa de las cosas humanas, todas perecederas, son los conventos los

que mas pueden ufanarse de su permanencia. Es la ventaja de su impersonificación, la de vivir mas que cualquiera de las personas que contribuyeron a fundarlos. Un monje sustituye a otro y la casa sigue indefinidamente cumpliendo su misión.

Alguna vez un religioso realiza una labor creadora, genial y pasa a la posteridad con el sello de la inmortalidad: Feijoo, Tirso, Calderón, Teresa de Cepeda, San Juan de la Cruz, o bien su vida mística y ascética queda como ejemplo de la Humanidad: San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, San Pedro de Alcántara, etc. y el convento llega a ser conocido por el nombre del monje al que albergó.

El nuestro tomó nombre de su país: la dulce Francia.

Una orden muy doméstica, familiar, encabezada con el nombre de la Familia Sagrada, fundada por un espíritu abacial, maternal en grado superlativo, brotado de la feracísima campiña francesa, en Villefranche de Bourge, la bienaventurada Emilia de Rodat, hizo su aparición en Alcázar inesperadamente y al verse por aquí unas monjas, con las que no había modo de entenderse por el habla, el choque del idioma, inmediato al encuentro, dió nombre a la casa y a sus moradores y ese será ya siempre el nombre de este colegio, el de LAS MONJAS FRANCESAS, instalado hoy en aquella casa que levantó en el solar de la de Guerrero el espíritu espléndido de D. Oliverio.

Sobre ese cierto grado de ensimismamiento y lejanía que da la religiosidad, aquellas monjas tenían la doble distancia del idioma, apenas acortada por el gesto amable, la sonrisa o la reverencia y todavía nos parece verlas, tan delicadas, finas, espiritualizadas, de piel blanquísima, caminando como sombras, en un grado de apartamiento casi inconcebible.

Al llegar a España se habían instalado en

MÆSTROS ANTIGUOS

Las Monjas Francesas

uno de esos pueblos claros de Andalucía a los que da apellido común, sin necesidad de nom-

brarse, el río, que allí lo es todo, en Villa del Río y como la gente de Herencia, baja y sube mucho por Andalucía, llegaron a instalarse también en este vecino pueblo que las obligó a conocer el nuestro al paso y establecer contacto con algunas personas que se ignoran pero que las indujeron a fundar aquí.

Al frente de las hermanas venía, canalizando la savia de la orden, el espíritu abnegado de la madre Albertina, de sandalia incansable y resolución firme que ya permitía presagiar desde el principio que la obra florecería y daría fruto.

Surgió con este motivo la eterna pugna, la cuña de la misma madera y como la madre Albertina tuvo el apoyo del P. Pedro, el Grande, hubo un P. Franciscano que patrocinó a otras monjas de la Divina Pastora, con buena aportación de dineros, además, para que lograsen la preferencia en su instalación. El cariño de madre Albertina por la fundación no pudo adolecerse, como Licio el enamorado, de faltarle un competidor mas poderoso que él, pues que lo tuvo desde el principio, pero ella, imbuída por la fe y sin mas base que el beneplácito episcopal que le había sido concedido de palabra con anterioridad, taló por todas partes, viajó,